



No todo el mundo logra reconocer la diferencia entre la rigidez y la rigurosidad. Sobre todo cuando el propio diccionario juega con la jerarquización de aspectos que las aproximan y se hace visible que las primeras acepciones del rigor son bastante cercanas a las de la rigidez. Sin embargo, la distancia entre la condición de aquello que “no se puede doblar” y la precisión, la minuciosidad y la propiedad constituye una brecha de importancia para comprender que lo rígido es inamovible y que lo riguroso comprende lo justo y el criterio; que la rigidez corresponde al poder y la rigurosidad a la *autoritas*. Esta distinción es la que separa lo forzoso de lo legítimo, lo simplemente encasillado de lo genuinamente consciente, la sabiduría de la fuerza. No en vano Mario Satz escribía: “La sabiduría es un arte de flexibilidades; el poder, una técnica de rigideces”. Una institución verdaderamente rigurosa (al igual que una persona con tal atributo) es, esencialmente, una institución sabia.

Quienes han tenido experiencias en universidades en el exterior, trátese de profesores o de estudiantes, a veces se sorprenden de lo rígidos y encasillados que podemos llegar a ser en la Universidad y en el país. Podemos llegar a confundir las normas y las reglas, que son bases para la equidad y la convivencia, con la desconfianza y la burocratización. Quizás esto ocurre por querer vigilar ciertas tendencias al desorden y a la viveza que todos conocemos y reconocemos en nuestra propia cultura, que sabemos que pueden llegar a estar fuera de control, que no son precisamente deseables y que no discutiremos en este espacio. Por fortuna, aunque lentamente, entre nosotros mismos vamos estableciendo balances y contrapesos. La idea es seguir avanzando, seguir repensando y reconstruyendo una excelencia que es multifacética y que no debe dormirse en los laureles. Y cultivar incansablemente valores y principios.

Desde hace años hemos escuchado a los responsables de distintas gestiones rectorales un llamado a flexibilizar procesos. No es tarea fácil. Las instituciones, por dinámicas que sean, son resistentes al cambio, precisamente porque quienes las conforman no están exentos de ese humanísimo rasgo constituido por el hecho de creer que la propia es la mejor manera de hacer las cosas. Y el otro obstáculo que se enfrenta a menudo es el de comprender otra delgada línea: la que separa flexibilización del relajo. No se trata de que todo valga, sino de contar con mecanismos para ponderar situaciones apropiadamente, en un equilibrio que se aleje de cualquier respuesta automática, sea ésta a favor o en contra. Porque lo riguroso, si bien no es *rígido*, es justo; no complaciente.

La humildad y el criterio son fundamentales en ese ejercicio de (o camino hacia) la sabiduría. Es preciso que nos escuchemos más los unos a los otros, que comprendamos lo que verdaderamente es riguroso y que no nos dejemos llevar, como sistema, ni por la intransigencia de la rigidez ni por la laxitud de lo que se degrada. Sigamos trabajando por una institución justa, sabia, capaz de promover la autocrítica y, en síntesis, rigurosa. Que la rigidez no nos sorprenda en una tensión tal que un día podamos quebrar lo que hayamos construido.